

IV

Gracias á los cuidados de Mycroft, Holmes y de mistress Hudson, todo estaba igual en nuestro cuarto de Baker Street. En cuanto pasé el umbral me sentí rejuvenecido, y el perfume de los días lejanos me envolvió como una caricia de bienvenida. En un rincón estaba la mesita de los experimentos, manchada la madera por las quemaduras de los ácidos. Sobre la mesa grande estaban aquellos formidables cuadernos donde había la vida y milagros de tantas personas, la caja del violín, el piperó y otras mil cosas, queridas compañeras de nuestra vida pretérita, entre las cuales se destacaba la babuchapera, siempre llena de aromoso tabaco.

Al entrar me pareció que había en el cuarto dos personas. Luego ví que sólo estaba mistress Hudson y el monigote que tan importante papel había representado en el reciente drama.

Era un perfecto y asombroso busto de mi amigo y estaba de tal modo colocado sobre una columna cubierta con una bata de Holmes, que entonces comprendí el admirable efecto que causaba desde la calle y desde la casa de enfrente.

—¿Qué, mistress Hudson—dijo Holmes—habéis hecho todo según os lo encargué?

—Sí, señor. Cada cuarto de hora me ponía de rodillas y cambiaba de posición el muñeco.

—Muy bien. Sois una mujer excelente. ¿Y la bala? ¿Sabéis donde ha ido á parar la bala?

—Ya lo creo. Por cierto que me parece ha estropeado esta hermosa obra de arte. Como véis, ha atravesado la cabeza y fué á incrustarse aquí, en la pared. Tomad.

Holmes la cogió, y alargándomela, dijo:

—Como véis, amigo Watson, se trata de una bala de revólver, lo cual os probará el talento del criminal. ¿Quién ha de imaginarse que una bala semejante ha sido lanzada con un fusil de viento? Muchas gracias, mistress Hudson; os habéis portado magistralmente.

La excelente mujer sonreía con las manos en los bolsillos.

—¿Me necesitaréis para algo más, Sr. Holmes?

—No; retiráos á descansar, que buena falta os hace.

—Buenas noches, Sr. Holmes. Buenas noches, Sr. Watson.

Los dos contestamos simultáneamente:

—Buenas noches, mistress Hudson.

28994

En cuanto nos quedamos solos, Holmes se quitó la americana, se puso la bata gris que tenía la columna y se sentó lanzando un suspiro de satisfacción.

—¡Ajajá! Ahora, amigo Watson, si no tenéis sueño, voy á contaros algunas cosas muy interesantes.

Hizo una breve pausa. Yo me creí con cuatro años de menos. Era la antigua vida que volvía, las antiguas confianzas en aquel cuarto inolvidable. Holmes había cogido el busto de cera y lo examinaba atentamente.

—¡Caramba! Los años han pasado por ese hombre sin alterar su pulso ni atenuar la precisión de su vista. Fijáos, Watson. La bala ha entrado por la nuca y me hubiese destrozado el cerebro por completo. Ahora comprenderéis lo justificada que es la fama de tirador que tiene el coronel Moran. ¿No habéis oído hablar de él!

—Nunca.

—¡Ah, gloria, gloria!... ¡Qué limitada eres! Yo me eché á reír.

—Después de todo—continuó Holmes—esta ignorancia vuestra no tiene nada de particular, puesto que, si la memoria no me es infiel, recuerdo que tampoco habíais oído hablar del profesor Moriarty, una lumbrera de su siglo. ¿Queréis alargarme el *Índice biográfico*, ese que está ahí junto á las babuchas? ¡Ese!

Le entregué el libro y empezó á pasar negligentemente las hojas dando fuertes chupadas al cigarro.

—Realmente la letra *M* es una de las más curio-

sas. Como si no bastara con Moriarty, suficiente por sí solo para ennoblecer un registro de esta especie, aquí tenemos á Morgan, el envenenador; á Miwidew, el asesino de funesta memoria; á Mothew, que me rompió un diente en la sala de espera de la estación de Charing Cross; á... ¡Ah! Aquí está nuestro hombre.

Y me tendió el libro. Yo lo cogí y leí en voz alta lo siguiente:

«MORAN (Sebastián). Coronel retirado.—Mandó el 1.º de gastadores de Bangalore. Nació en Londres en 1840 y es hijo de sir Augusto Moran C. B., antiguo cónsul en Persia. Educado en Eton y Oxford. Ha figurado en las campañas Jowaki, del Afghanistan, de Chaziabah, de Sherpur y de Cabul. Ha publicado dos obras tituladas: *Las Cacerías en el Himalaya occidental* (1881) y *Tres meses en las selvas indias* (1884).»
»Clubs Anglo-indico, Tankerville y *La Bagatela*.»

Al margen y de letra de Holmes había escrito lo siguiente:

«*El segundo entre los más peligrosos de Londres*.»

—¡Es extraño!—exclamé cerrando el libro.—La carrera de este hombre resulta la de un militar valiente y aguerrido.

—Y así fué—contestó Holmes.—Es un hombre

que no conoció nunca el miedo, y en la India, donde tantos alardes de valor se han hecho, aún corren historias y anécdotas respecto de su bravura é intrepidez. Pero de igual modo que en ciertos árboles brotan de pronto enormes y repugnantes protuberancias, así en la vida de algunos hombres surgen á veces cambios bruscos é inesperados. Yo tengo la creencia que todo individuo no es más que un desdoblamiento de sus antepasados, y que las impensadas y súbitas orientaciones hacia el bien ó hacia el mal no son más que resultado de influencias acentrales.

—Es una teoría...

—Teoría ó hecho innegable, no me parece ahora ocasión oportuna de discutirlo. El caso es que en un momento determinado la vida del coronel Moran se torció por el camino del mal. Comprendiendo que su estancia en la India había llegado á ser insostenible, pidió el retiro y volvió á Londres, donde adquirió en seguida una triste y funesta reputación. Por esa época trabó íntimo conocimiento con Moriarty y fué el segundo jefe de la banda. Moriarty le pagaba generosamente y no hacía uso de él más que en los casos extremos que requerían gran tacto y no poco talento.

¿Recordáis la muerte de mistress Stenart en Lander el año 1887? ¿No? Pues bien: fué uno de los crímenes más ruidosos y más hábiles, y aunque no se pudo comprobar nada en contra de Moran, yo estoy seguro de que él fué uno de los factores principales.

Recordaréis también que cuando hace tres años os fuí á visitar á vuestra casa cerré las contraventanas, despertándoos la curiosidad y un poco la compasión por crearme un maniático. Pues bien: ya conocía la existencia de ese temible fusil y sabía que estaba en las manos de uno de los tiradores más hábiles del mundo.

Cuando partimos para Suiza, nos siguió en compañía del profesor Moriarty, y él fué quien me hizo pasar tan malos ratos al borde del precipicio.

Aunque lejos de Inglaterra ya comprenderéis que parte por afición y parte por personal interés, seguía en los periódicos todos los sucesos ingleses y analizaba los crímenes de alguna resonancia, esperando ver asomar el nombre del coronel Moran.

Mientras este hombre fuera dueño de sus acciones mi vida en Londres sería imposible. Un constante peligro de muerte me hubiera rodeado, y al fin, en un día cualesquiera, ese hombre hubiera sido el vencedor. Mi espíritu vacilaba antes de tomar una determinación definitiva. Si yo le mataba á él, era muy probable, casi seguro, que fuese condenado por asesinato; si le denunciaba, la justicia se encogería de hombros no teniendo pruebas fehacientes en que apoyarse y sí únicamente sospechas de un hombre que ya sabéis la fama de visionario que tiene.

No me quedaba, pues, más remedio que encogerme de hombros, cruzarme de brazos y esperar. Sin embargo, continuaba leyendo todos los periódicos de Londres, seguro de que más tarde ó más tempra-

no el coronel cometería una torpeza que lo perdiese para siempre.

Por fin apareció el asesinato de Ronaldo Adair, y al leer y releer las circunstancias que le rodeaban, lancé el *¡Eureka!* griego. Desde el primer momento comprendí que el asesino era el coronel Moran. Debía de haber estado jugando en el Círculo con Adair, luego le debió seguir hasta su domicilio, y, por último, disparó desde la carretera y á través de la ventana abierta con la famosa carabina de viento. Aquellas extrañas balas explosivas, propias de un revólver que no se encontró, eran más que suficientes para hacerme ver la mano de este hombre en el crimen.

Lleno de alegría volví á Londres después de tres largos años de ausencia, y el mismo día en que llegué me vió un espía del coronel. En seguida adiviné lo que iba á pasar. Moran, advertido por el espía y relacionando mi vuelta con el crimen que acababa de cometer, había de ponerse en guardia y acechar la ocasión propicia para disparar sobre mí su arma terrible.

Entonces fué cuando ideé la construcción del muñeco. Entre la señora Hudson y yo lo colocamos del mejor modo posible, avisé á la policía, citándola para aquella noche frente á mi casa, y yo decidí entrar en la frontera que estaba desalquilada para ver desde allí todo lo que ocurriese. Afortunadamente, y sin que yo sospechara lo más mínimo, el coronel Moran eligió el mismo escondite para cometer el crimen con toda clase de seguridades.

Hubo una pausa. Holmes encendió un nuevo cigarro y posó, con cierta satisfacción voluptuosa, la mirada sobre el busto de cera que yacía á sus pies.

—Como véis, amigo Watson—dijo echando una bocanada de humo que se deshizo en caprichosas volutas azules—he acertado en casi todo. ¿Tenéis alguna duda? ¿Deseáis saber algo más?

—Sí.

—¿Sí? ¿Cuál?

—El móvil que ha impulsado al coronel Moran á matar á sir Ronaldo Adair.

—¡Ah! Procuraré explicarlo, aunque siempre basándose en conjeturas, es decir, á condición de que no reputéis como artículos de fe mis palabras. Por otra parte, como todavía no ha declarado el asesino, todo el mundo puede formarse las hipótesis que quiera, sin que esto quiera decir que unas estén más cerca de la verdad que otras ni que ésta sea mejor que aquélla.

—Conformes; pero yo tengo más confianza en vuestra imaginación que en la mía ó en la de muchos otros.

Holmes se inclinó irónicamente, aunque en el fondo agradeciera mi contestación.

—Sois muy amable, Watson. Pero, sin embargo, no creo que sea preciso ser muy lince en esta ocasión para reconstituir los hechos. Según se desprende del sumario, el coronel Moran y el joven Adair se asociaban siempre para jugar, y de este modo habían ganado fuertes sumas en distintas ocasiones.

Tal vez Moran, el día del asesinato, cometiera alguna trampa—lo cual no tiene nada de particular porque entre sus virtudes tiene la de ser un admirable fullero—y el joven Adair se percatara de que tal trampa había sido hecha. Tratándose de un muchacho de muy buena familia é intachable por todos conceptos, no quiso dejar las cosas de aquel modo, y en cuanto se vió á solas con Moran le afeó su conducta y le hizo prometer que se daría de baja en el Círculo so pena de denunciarle. Quizás el joven no hubiese ido tan lejos, mucho menos teniendo en cuenta que durante mucho tiempo el Moran había sido consocio suyo y tal vez le salpicara el lodo de que estaba envuelto el coronel. Pero éste no lo creyó así, y sabiendo que al expulsarle de los clubs perdería sus medios de vida, decidió evitar á toda costa que hablase Adair. Entonces concibió el asesinato.

Y aquella misma noche, cuando sir Ronaldo contaba sobre la mesa sus ganancias para devolver á su ex socio el dinero que habían ganado gracias á una fullería, recibió en pleno cráneo una bala que, al explotar, le causó la muerte.

La puerta cerrada para evitar indiscreciones, la lista de amigos y cantidades demuestran plenamente que el joven se ocupaba en la honrada operación que os he dicho. ¿No lo creéis así?

—Así lo creo. A pesar de los años transcurridos, veo que continuáis con igual lucidez y con las mismas prodigiosas facultades de siempre.

Holmes se encogió de hombros.

—Veremos á ver si el proceso es tan bondadoso conmigo como con vos. Pero resulte lo que resulte, tengo una seguridad: la de que el coronel Moran no ha de preocuparme en lo sucesivo. La famosa carabina de viento irá á aumentar el Museo de Scolantd-Yard, y vuestro amigo Sherlock Holmes podrá consagrarse con toda tranquilidad al estudio y resolución de cuantos problemas se le vengán presentando.